

LAS NANAS DE LA MUERTE

¡Caronte, Caronte! Una voz ronca y desgarrada de mujer llamaba débilmente a Caronte desde la orilla de la vida hasta la otra, la del inframundo. El barquero, con su lenta parsimonia, hacía como que no oía, pero tal fue la insistencia de la mujer, que se acercó con su barca, sumido en un profundo desanimo hacia ella ¿Qué quieres? buena mujer, le preguntó, secándose con un pañuelo el sudor de su frente. No ves que aun no ha llegado tu hora y que este nunca será tu sitio. Caronte, ella le contestó, vengo invitada por cientos de voces de sirenas que, durante gran parte de mi vida, me animan a abandonar este mundo, narrándome maravillosas visiones ¿Y qué te dicen esas voces para querer abrazar la muerte sin que aun no sea tu hora? Los murmullos de las mujeres pez me seducen con la pompa y los honores del mundo con los que seré colmada después de muerta y que tanto me son negados mientras estoy viva ¿Y qué honores son esos que te seducen a pesar de que se te presenten cuando ya no tengas vida? En un principio, las cautivadoras sirenas cantan mi muerte desde que he sido una niña de pecho. En mi cuna de hierro, mi madre serpiente me da, a modo de sonajero, su cola de cascabel, con la que juego, con toda mi inocencia, mientras oigo las nanas de la muerte cantadas por mi progenitora, a la que la acompañan las dulces y engañosas voces de las mujeres pez. Ellas me acunan y me hacen ver cómo, en un tiempo postrero, en una de mis muñecas, se cebará una cuchilla metálica de vampiro, que chupará toda mi sangre para desparramarla, más tarde, por la blanca bañera. Y siguen las nanas de la muerte cantándome que en mi testa me colocaran, al igual que a la loca de Ofelia, una guirnalda

de rosas para, acto seguido, penetrar en el río, con paso ceremonioso, reservado a la novia que va hacia el altar, y con los bolsillos de mi capa llenos de grandes piedras, que por su gran peso hundirán mi cuerpo en el agua helada. Además, también ellas me muestran que puedo acabar siendo como un guiso de Navidad, con la cabeza dentro de un horno. Todo ello me seduce fuertemente y, como Ulises, tengo que tapar mis oídos y atarme fuertemente para no dejarme embaucar por las tentadoras sirenas, ya que me cantan, una vez llegada mi muerte, cómo será mi funeral. Un funeral digno de una emperatriz, pues cientos de plañideras, como cuervos desolados, bailarán y llorarán en torno a mi caja de castaño. La iglesia se llenará de flores blancas, anunciando la virginal primavera. Dos reinas de la baraja vendrán a mis exequias. Un panegírico de mi persona llegará de un diario perteneciente a tierras muy lejanas. Se me leerá como jamás se me ha leído porque hasta los ancianos de los confines del globo terráqueo dejarán su ya escasa vista en alguno de mis versos. Y, por último, se me concederá, a pesar de estar muerta, el máspreciado galardón con el que todo escritor sueña. Mujer, la interrumpió Caronte, veo que tienes muchos pájaros en la cabeza. Sigo sin entender el porqué de ese deseo tuyo de morir aun siendo tan joven ¿Tan mal te trata la vida? Caronte, contestó la mujer, mientras las lágrimas le bañaban las mejillas, ya han llegado los días, tan temidos por mí, en que soy despreciada por todos. Al igual que describe Isaías el aspecto de Cristo, mi Dios, con una imagen nada atrayente para el mundo durante el pasaje de su crucifixión, yo me siento como Él fue tratado por el vulgo en sus últimos días. Y créame, para una mujer que siempre ha mendigado gestos de afecto de los otros, ya que anda falta de ellos, es muy difícil

afrontar el rechazo y el desprecio de los demás ¿Y no te basta el amor incondicional de tu Dios para contigo? Le hizo una nueva pregunta Caronte a la mujer. Tendría que ser así y a veces le pido a mi Dios que ante esta gran prueba me dé fuerzas para afrontarla, que aumente mi fe y que el demonio, finalmente, se vea vencido por el Dios de la Biblia en la gran batalla que tiene lugar en mi persona. Pues todo está ya dicho por ti, buena mujer. Regresa a tu hogar y esboza una sonrisa para ti y para los tuyos porque tu destino nunca será el que yo te lleve en mi barca. La mujer, tras oír el mandato de Caronte, dio media vuelta y echó a caminar pidiendo a su Dios que no la permitiese temer el ser vista por los demás como un ser despreciable y, sobre todo, que ello no le quitase la alegría de estar viva.